

En otra mano es el tratado de la comba de
sustituciones que se hizo en Inglaterra en
1813 sobre un sistema de nueva pulpería y
nueva línea de largo y cinco pulperías y
nueva línea de ancho largo y cinco pulperías XIV
y los principales nombres de aquella corte y
copio algunas cosas clásicas de aquella corte y
muestra se han por donde.

CAPITULO XXVIII

En otros autores han escrito la historia de
las artes: Juan Pablo Bordini continúa de
lo que el Varsini meo no más autor Felipe
Baldinucci, supliendo las muchas omisiones del
florentino, divide la historia en siglos y esta
en debates: frecuentemente viene como el
placido en escuelas que se el que se adopta
generalmente en las escuelas de Europa es un
libro de Juan Pablo Bordini.

Filosofía.

Si la literatura de cada pueblo se hace ca-
da vez por decirlo así más nacional, las cien-
cias, por el contrario, teniendo por objeto el
hombre y la naturaleza son ciudadanas de to-
dos los países y no es posible seguir sus pasos,
sino en el conjunto de todas las naciones.

Las universidades auxiliaban muy poco los
progresos de la filosofía y de las bellas artes,
y mucho menos de la teología, del derecho y
de la medicina, no siendo ya, como en la edad
media, los únicos centros del saber, sino sola-
mente escalas necesarias para las profesiones
lucrativas.

Las de Inglaterra á lo menos con sus ricas
dotaciones proporcionaban una posición honro-
sa á muchos, que podían dedicarse libremente
á la ciencia teniendo libros é instrumentos.

A la muerte de la filosofía escolástica, es de-
cir, de la filosofía cristiana, había dejado en
los ánimos un gran vacío que se ingeniaban en
llenar los pensadores con combinaciones arti-
ficiosas de sistemas antiguos y de ideas pro-
pias. Y este proyecto parecía tanto más posi-
ble, cuanto que la reflexión y la investigación
procedían con más seguridad desde que el pro-
testantismo había separado la filosofía de la
teología, y ensanchado el campo de las cien-
cias naturales; de modo que se estudiaba el sis-
tema de los conocimientos en su conjunto y en
sus partes, examinándole, no sólo en su objeto,
sino en su naturaleza y en su origen. Cuando
de este modo se había formado un sistema, la

razon entonaba un himno de triunfo, como si
hubiese llegado á demostrar que se bastaba á
sí misma; pero muy pronto, desengañada, debía
sentir, si no confesar, su impotencia. Así es que
aunque algunos pensadores del siglo XVI ha-
bían principiado la restauracion radical de la
filosofía, ninguno había dado un sistema que
contuviese la verdad necesaria para aniquilar
el escolasticismo y dominar las inteligencias.

Pedro Gassendi de Chantersier en la Pro-
venza, hombre de muchísima doctrina, comba-
tió á Aristóteles, y acusó á sus partidarios de
haber convertido la filosofía en un arte sofístico
se colocó en el terreno del libre exámen, y ha-
ciendo recaer la duda sobre el objeto mismo de
la ciencia, impugnó la autoridad de la física, de
la metafísica y de la moral, y consideró como
inútil la dialéctica científica, creyendo que bas-
taba la inteligencia natural para conocer el fin
de la vida. Su obra póstuma *Syntagma philoso-
phicum* (1658) contiene en mil seiscientas pági-
nas de compacta impresion la prolija exposi-
ción de su doctrina acerca de la lógica, la físi-
ca y la moral. La filosofía, según él, es afición;
estudio y práctica de la sabiduría, y ésta no es
más que la disposición moral para juzgar sa-
namente de las cosas, y conducirse bien en la
vida. Después de demostrar la vanidad de la
lógica antigua, nos presenta un tratado de esta
ciencia, precedido de su historia, lo cual era
una novedad, y enseña que para pensar bien
es preciso concebir bien, juzgar bien; concluir



Esta, tip. de J. A. Mañ. z.

GALILEO EN LA PRISION



y coordinar bien. Toda idea, según él, proviene de los sentidos, de modo que la inteligencia consiste en la percepción de los hechos que nos presenta la experiencia, y en la comparación de éstos para elevarnos desde las nociones particulares á la generalización. También se trata extensamente de la física, criticando la aristotélica y substituyéndola con la teoría de Demócrito, sobre los átomos; y así como en la lógica hacia proceder toda idea de los sentidos, aquí dice que toda fuerza proviene de la materia. Dios creó los átomos; pero su concurso basta para explicar los fenómenos, de modo que todos estos y hasta los fisiológicos pueden someterse á las leyes matemáticas. Sostiene que no puede concebirse á Dios sino bajo la forma sensible, y que el alma es una atenuación, casi una abstracción de la materia; por consiguiente, excluye la metafísica. En la moral se inclina á la de Epicuro; é hizo gran ruido la defensa que publicó de este filósofo, reuniendo todos sus pasajes y tratando de demostrar que su doctrina había sido corrompida, y que podía ponerse de acuerdo con las ideas cristianas.

Pero al entusiasmo del filósofo unia Gassendi la ortodoxia del sacerdote, y así, ya sea que se sacrificase á las ideas del siglo, ó ya que careciese de lógica, el hecho es que siempre mezclaba á su sensualismo ideas espirituales: cree necesaria la inteligencia para descubrir las cosas ocultas; por ejemplo, no vemos los poros de la piel; y sin embargo, sabemos que existen porque nos lo demuestra la transpiración; por tanto Gassendi, ó incurre en perpetuas contradicciones ó entiendo en un sentido muy poco lato su axioma fundamental, aplicándole sólo quizá á imágenes finitas, que realmente provienen de los sentidos, y cuya presencia es necesaria para que el espíritu ejerza algunas de sus facultades, y se eleve con el raciocinio á las cosas que no pertenecen á la imaginación. Así admite un Dios y un alma, según la razón, y una moral cristiana; pero todas estas cosas están como agregadas á su sistema, y sujetas á la teoría general de los sentidos. De esta mezcla de fe y de libertad nace un semi-escepticismo particular. Creía cierto lo que le parecía evidente, y así partió

de hipótesis que repugnan á la experiencia, y que sostiene con tenacidad contra sus adversarios; é hizo un uso especial de la sátira y de la ironía para combatir el dogmatismo y el entusiasmo.

Fué hombre de mucha ciencia y amigo de Peyresc, de Hobbes, de Campanella, de Kepler, de Mersenne y de Pascal; disputó con el célebre médico Van-Helmont si era más natural al hombre alimentarse de carne ó de vegetales; y con motivo de los cuatro soles que aparecieron en Roma el año 1629, refutó las supersticiones de la astrología, que sin embargo le habían seducido en su juventud. Demostró que la causa de aquel fenómeno era la refracción de los rayos solares al través de los vapores; observó el tránsito de Mercurio por el disco del sol en 1631, anunciado ya por Kepler, y la conjunción del mismo planeta con Venus; defendió el sistema de Copérnico, aplicándole la teoría de la caída de los graves; en fin, tuvo Gassendi gran ingenio natural, mucho estudio, y clara y ordenada exposición. Al tiempo de morir exclamó: *¡Hé aquí lo que es la vida del hombre!*

Renato Descartes de Lahaye en Turena fundó su sistema, nó sobre lo antiguo, sino siguiendo un método enteramente nuevo. Educado por los jesuitas y abandonado despues á estudios sin orden, sin crítica y sin objeto, no podía conseguir la tranquilidad del que posee la verdad. Descartes militó y viajó despues; pero el reposo le conducía á la duda, hasta que por fin se propuso indagar la verdad por sí mismo, excluyendo todo juicio cuya exactitud no hubiese conocido él mismo. El método de la geometría que no admite más que verdades demostradas, y que procede de lo simple á lo compuesto, le pareció el mejor, el método por excelencia; y observando que todas las partes de las matemáticas, aunque diversas por su objeto, provienen de las relaciones que existen entre las cantidades, llegó casi por casualidad, como dice él mismo, al importantísimo descubrimiento de espresar algebráicamente las curvas geométricas.

Pero ya hemos hablado en otra parte de este y otros descubrimientos suyos: ahora vamos á considerarle como metafísico. La cien-



cia humana debería ser en su concepto el esfuerzo que hace la razón para deducir de las primeras causas reglas de conducta para los hombres y para las artes prácticas; pero en vez de esto sólo ofrece principios fundados en una ciega tradición y consecuencias falaces ó inútiles. La sociedad es obstinada en sus preocupaciones; las opiniones luchan entre sí en la filosofía, edificio á cuya construcción han concurrido muchos arquitectos sucesivos y cuyas partes son heterogéneas. Conviene, pues, derribar y renovar desde los cimientos este edificio de los conocimientos humanos, y para conseguirlo no admitir más ideas que las propias y aún dudar de éstas mismas y someterlas á exámen.

Montaigne, en el capítulo XXX de sus *Ensayos*, en que habla de la instrucción de los niños y crea el *Emilio*, había dicho ya que «se debe pasar todo por el filtro y no recibir nada en nuestra inteligencia ni por autoridad ni por creencia,» y Bacon «sólo queda una tabla de salvación; reconstruir enteramente la inteligencia humana, abolir sin vacilación alguna las teorías y las nociones recibidas para aplicar el espíritu virgen y semejante á una tabla rasa, al estudio de todo en sus principios.» Descartes recogió estas palabras, y en las cien páginas de su *Método*, renovó las escuelas filosóficas. No es verdadero, dice, sino aquello que tiene evidencia íntima en la conciencia, ó aquello cuya evidencia comprende el espíritu necesaria é indudablemente. De lo simple que se concibe inmediatamente se debe pasar á lo compuesto, oscuro y difícil: se deben reunir y distinguir los medios que conducen á la verdad, equilibrándoles con las dificultades que haya que vencer: no se debe admitir una sentencia sin razón suficiente, ni tampoco reputar una cosa por verdadera sólo porque otro la crea.

Si hubiese entendido y aplicado exactamente estos principios, no hubiera incurrido en el error de confundir el pensamiento con la idea, y de querer llegar á la ciencia por medio de la duda, que era para él como una condición preliminar de toda filosofía. Pero su misma duda le daba á conocer su actividad y que percibía imágenes. «Si dudo pienso: si pienso existo:»

esto le pareció el hecho más general de la ciencia humana, y le tomó por fundamento de su sistema.

Convencido ya de su existencia propia, ¿podía estarlo también de las cosas que veía fuera de sí mismo? ¿Hay alguna idea que pueda ser concebida por el espíritu sin que exista en un objeto? Sí, la de ser perfecto; porque no sería perfecto si no tuviese existencia. Ya está, pues, demostrada la existencia de sí mismo y la de un ser fuera de sí, aplicando la regla de que el objeto mismo debe confirmar lo que se encierra en la idea de ese objeto.

En la aplicación, sin embargo, se puede incurrir en error; y ¿cuál es la causa de éste? ¿La inteligencia ó la voluntad? No la primera, porque engendra las ideas, y no puede ninguna ser falsa, porque entonces no contendría lo que contiene la idea. Queda la voluntad, la cual afirma una cosa que no está contenida en la idea. Bastará, pues, en los juicios tener voluntad dentro de los límites de la inteligencia.

De esta manera, por medio de la duda metódica, halla Descartes los fundamentos de la certidumbre humana, y habiendo principiado por dudar de todo, concluye por creer que lo ha demostrado todo, y ensalza el sistema de los conocimientos humanos. El hombre no halla en su conciencia más que ideas de pensamiento y de extensión, y como estas ideas son esencialmente diferentes, por necesidad han de ser también diferentes las sustancias que tienen por atributo fundamental el pensamiento, de las que tienen la extensión. De aquí se sigue la existencia de dos clases de seres, espirituales y corpóreos, y la filosofía queda dividida en dos partes: la primera trata de Dios y del hombre como ser que piensa; la inteligencia de éste es finita, y sin embargo contiene la idea del infinito, luego esta idea no puede menos de ser innata. En cuanto á la existencia de los cuerpos no se demuestra por la existencia del espacio, sino por nuestra inclinación á creer en las sensaciones, pues el Autor de la naturaleza nos hubiera engañado dándonos esta inclinación si fuese una mentira. La certidumbre, pues, de la existencia del *yo* se funda únicamente en la veracidad de Dios.



Así Descartes coloca desde luego el criterio de la certidumbre en la *percepción clara*, es decir, en el conocimiento natural y directo: supone después que éste puede ser erróneo y acude á la existencia de Dios, haciendo ver que, viniendo de él, no puede ser falso. Círculo vicioso, é inevitable porque no admitía más que percepciones subjetivas. Este método parecía una gran novedad porque partía de la ignorancia completa; fijaba algunas reglas segun las cuales debía razonarse, porque dudaba sistemáticamente, no como los pirrónicos, sino para sustituir ideas ciertas á las ideas vagas y reducir la filosofía á una ciencia evidente.

Así como en el espíritu se distinguen el pensamiento, que es su esencia, y la voluntad que es casi el pensamiento en acción, así también en los cuerpos hay que distinguir la extensión, que es su esencia, y el movimiento que en ella se produce. Por tanto, la filosofía es la teoría de las propiedades inmutables del espacio ó de las propiedades variables que dependen del movimiento; los fenómenos materiales serán, pues, explicados por la mecánica.

En los fenómenos del mundo inorgánico, supuesto el primer impulso dado por Dios á la materia, no hay que buscar las causas finales, superiores á nuestra limitada inteligencia, que distraen la atención del pensador dirigiéndola hácia las causas ocultas. La idea de espacio es una modificación de la extensión, y como esta es la esencia de los cuerpos, no puede haber espacio donde no hay cuerpo: el vacío es, pues, imposible. Si todo cuerpo es extenso, no habrá cuerpos invisibles, y la divisibilidad y la extensión no tendrán límite, porque si le tuvieran, más allá del mundo estaría el vacío. Pero todo el espacio está lleno de torbellinos, entre los cuales se mueven las partículas ó átomos de la materia, de cuya trituración nacen otros átomos impalpables que, agregándose, forman los cuerpos sólidos.

Aplicando la filosofía mecánica á los seres orgánicos, dice que los animales no son más que autómatas insensibles, como un reloj; y en verdad, ¿cómo la naturaleza, que no hace nada inútil, ha de haber creado almas para produ-

cir efectos que pueden producirse sin ellas? Todos los fenómenos, pues, de la vida orgánica en los brutos, en los vegetales y en los hombres, están sujetos y pertenecen á las leyes generales de la mecánica.

Así, los dos elementos principales, el pensamiento y la extensión, engendraban dos series de hechos perpétuamente distintos, y no quedaba medio de explicar la influencia del alma sobre el cuerpo. De este modo Descartes separaba completamente las ciencias espirituales de las físicas, pero con la teoría de las ideas innatas se oponía al sensualismo de las ideas de Bacon, y dirigía á los fenómenos internos la atención que el filósofo inglés limitaba á los fenómenos externos. Tres verdades introdujo Descartes en la filosofía; la evidencia como señal única é infalible de la soberanía de la razón; la distinción clara entre los fenómenos del espíritu y los del cuerpo; y la existencia de otras ideas, además de las que recibimos por medio de los sentidos. Era por tanto un dique contra el escepticismo que principiaba á extenderse, pues daba á conocer al pensamiento su propia eficacia, y que contenía en sí mismo la luz que ilumina toda la existencia.

La fórmula de Descartes da á la ciencia humana el conocimiento inmediato del *yo* como ser inteligente; fórmula verdadera, pero incompleta, y que presentando el pensamiento como único atributo del hombre, y concebido directamente por la conciencia, deja que la filosofía se estravie en la investigación de las causas, y le conduce á una doctrina mecánica. Aunque parezca sencillísimo el principio fundamental de su sistema, sin embargo, reflexionando sobre él se ve que es un silogismo, en que la mayor universal (*lo que piensa, existe*) no está demostrada; de modo que parte de una proposición particular, y supone la existencia, cuya idea hubiera debido explicar; supone *yo* sustancial, cuando en el *yo pienso* solo se encuentra *yo* fenoménico; supone también el uso de la memoria, indispensable para formar el silogismo antes de haber demostrado su veracidad.

Y cuando alguno le hizo observar que le fal-



taba demostrar la idea de la existencia, respondió que no había querido anunciar una cosa hallada por medio del raciocinio, sino una verdad inmediatamente percibida. En fin, no distinguía la percepción sensible del *yo*, de la inductiva: aquella inmediata y simple, y esta otra no; y suponía la idea universal de existencia que era justamente el objeto de la investigación.

Los libres pensadores del siglo XVI, dice Cousin, no eran más que unos revolucionarios. Descartes fué además un legislador, y no sólo nos dió un sistema filosófico, sino un método y una dirección inmortal, que penetrando en los ánimos, los sacó de su abatimiento, reanimó la fe de la razón en sí misma, sin hacerla concebir una presunción peligrosa, y secundada por la misma persecución, produjo la sóbria y robusta filosofía del siglo XVII, libre y reservada, fiel á la razón y respetuosa á la fe.

Nosotros no podemos asociarnos á este elogio sino con cierta reserva; pero indudablemente Descartes influyó más que Bacon en la reforma de la filosofía; y si no proclamó un *novum organum*, dió el ejemplo con establecer una hipótesis, definirla y demostrarla; excluyó la ciencia griega del silogismo, é hizo ver que la mayor parte de las cuestiones consisten sólo en las palabras; por lo cual tuvo el mayor cuidado con los equívocos, estudió profundamente las relaciones de las palabras con las operaciones del espíritu, y estableció la gran hipótesis de que el movimiento del universo es producido por las fuerzas mecánicas. A diferencia, pues, del canciller inglés, facilitó las aplicaciones, enseñó á los talentos á confiar en sus propias fuerzas y no en la autoridad, y á pensar por sí mismos; único medio de descubrir cosas nuevas. Muchas de éstas inventó; y aún aspirando á la originalidad, multiplicó los descubrimientos, de que después fué acusado como plagario, aunque bien puede ser que no hiciese más que hallar de nuevo lo que otros habían ya descubierto.

Su argumento de la existencia de Dios había sido usado ya por San Anselmo, combatido entonces por Gonilon y refutado por Santo Tomás. Resucitado por Descartes, fué contestado por Gassendi, Locke y los enciclopedistas, y en

nuestros días por Reid, Jouffroy, Remusat y demás racionalistas, además de Kant, que emplea contra él toda su dialéctica; por el contrario, le sostuvieron Malebranche y Leibnitz, que le consideraron como una base científica. Pero la subjetividad de la sensación había sido ya proclamada por Galileo; la duda, por los escolásticos; Bruno y Ramus habían ya iniciado la revolución que él llevaba á cabo; y la fisiología animal y vegetal demostró que era imposible reducir á leyes mecánicas la vida orgánica.

Descartes manifestó una fuerza admirable donde había que calcular y medir. Su extensa teoría de los torbellinos, aunque aniquilada por Newton, tiene el mérito de haber demostrado que los fenómenos celestes deben explicarse con la aplicación rigurosa de ciertos principios de la mecánica; de modo que si no enunció la verdad, enseñó el método para descubrirla, y así hubo quien lo calificó de «antecámara de la verdad.» Pero fuera de este orden positivo, desgraciadamente no se sujetó á las reglas que proclamaba, y á pesar de ser un geómetra, sólo compuso teorías imaginarias; mientras se exploraba la naturaleza, él la quiso adivinar ó fabricar sin materiales, y publicó una mezcla de proposiciones arriesgadas, de consecuencias sin premisas, de vagas suposiciones. Se equivocó al creer necesaria la evidencia para demostrar que Dios existe, y al negarla con respecto al mundo exterior; al confundir la voluntad con la inteligencia, la resolución con el juicio. Su teoría sobre los animales es falsa, lo mismo que el principio de pasividad de las sustancias creadas. Y necesariamente á todo esto debía arrastrarle el desprecio que tenía á la historia, como ciencia en que domina la autoridad, y el principio de obligar á cada hombre á reconstruir el edificio de las ciencias rompiendo la tradición, sin la cual es imposible todo progreso.

Es una gran arrogancia el renegar de la obra de tantos siglos, y pretender crear una filosofía con escasísimas noticias de los predecesores. Despreciando todo lo que no es razón individual, infalibilidad geométrica, concentra la ciencia en el estudio de las facultades inte-



lectuales; se abandona á la preocupación de que el principio de la ciencia debe ser único; y aunque sea portentoso el que un hombre abrazase tanto, no se libró de errores más graves sino por haber estudiado á los mismos cuya autoridad negaba.

No era posible reirse de un sistema tan atrevido, porque el autor tenía gran fama como hombre de ciencia, y conocía todas las pequeñas condescencias necesarias para hacerse tolerable; además supo dirigir muy bien su conducta y separar la revolución que iniciaba, de las revoluciones política y religiosa de aquel tiempo. Descartes no había salido del claustro, sino del ejército y del mundo; y se dirigía por tanto á la sociedad, de la cual sacaba nuevas fuerzas y muchos oyentes. Noble y rico, no tuvo necesidad de manifestar desde la cátedra sus pensamientos. Dedicó sus *Meditaciones* á la Sorbona, que por órgano del más joven y más ilustre de sus miembros, las declaró inocentes y aún útiles á la religión. Halagó á los jesuitas; apenas fué procesado Galileo, suspendió su demostración matemática del movimiento de la tierra; aceptó una pensión de Richelieu sin aprovecharse de ella, y enseñó filosofía á una reina. Todo esto le valió protección; y entre tanto se extendía su reforma filosófica, y todos los pensadores se hacían cartesianos; Bossuet, Fenelon, los solitarios de Pot-Royal, las congregaciones de la enseñanza, especialmente la del Oratorio, y hasta los jesuitas.

Pero sus discípulos, desarrollando su doctrina, pusieron en claro sus defectos; el panteísta Espinosa, el epicúreo Gassendi y el impío Hobbes protestaban que no hacían más que reducir á una forma más precisa las doctrinas de su maestro. En Holanda los arminianos y coccenianos se valían de sus palabras para defender el libre exámen en la religión, sosteniendo que la verdad de las Escrituras debía probarse con la razón. Entonces se principió á mirar con recelo el cartesianismo; y se presentan á porfía á combatirle teólogos, filósofos, físicos y políticos; las universidades le reconviene por su aversión á Aristóteles; á los jesuitas hace sombra el verle defendido por algún jansenista; los protestantes le niegan la tolerancia que había

conseguido de los católicos por su prudencia; y Gisberto Voet, teólogo de la universidad de Utrecht, arrastrado por un fanatismo violento, vió en su demostración de la existencia de Dios un ateísmo enmascarado, lo cual produjo una encarnizada disputa que apaciguó después el príncipe de Orange. Las obras de Descartes fueron denunciadas en Roma, y anotadas en el índice «hasta que fuesen corregidas;» es decir, para siempre, porque ya había muerto su autor; cuando en 1667 se trasladaron sus reliquias á Francia desde Suecia, se prohibió al canciller de la universidad de París pronunciar un elogio que tenía preparado; y el Parlamento, instigado por la Sorbona y por la universidad, estuvo á punto de publicar un decreto prohibiendo enseñar la filosofía cartesiana, y mandando conservar la aristotélica.

Afortunadamente suspendió á tiempo una medida tan repugnante al progreso y á la política; sin embargo, los jesuitas hicieron que el rey llevase el asunto al consejo de Estado, que prohibió enseñarla en la universidad de París; los Padres del Oratorio, que se habían opuesto á esta medida, tuvieron que adherirse á un acta de sumisión, la cual entre otras cosas decía: «En la física no conviene separarse de los principios de Aristóteles para seguir la nueva física de Descartes, que el rey, por justas razones, ha prohibido enseñar.... Debe decirse: 1.º Que la extensión actual y exterior no es la esencia de la materia. 2.º Que en todo cuerpo de la naturaleza hay una forma sustancial, realmente distinta de la materia. 3.º Que hay también accidentes reales y absolutos, inherentes á los sujetos, realmente distintos de cualquier otra sustancia, y que sobrenaturalmente pueden existir sin estar en ningún objeto. 4.º Que el alma está en realidad presente y unida á todo el cuerpo y á cada una de sus partes. 5.º Que el pensamiento y el conocimiento no son la esencia del alma racional. 6.º Que no repugna que Dios haya creado varios mundos al mismo tiempo. Y 7.º, que el vacío no es imposible.

Los peripatéticos podían, pues, creer aún, que Bacon y Descartes no eran más que una moda pasajera; pero el impulso estaba dado; la razón había sustituido á la autoridad; el espí-